

Tomar la palabra con conciencia

Laura E. Asturias

Si algo define al periodismo de las mujeres, o cuando menos de muchas, es sin duda la conciencia. Ha sido esta, impregnada en nuestra piel como unguento de saberes y conocimientos, la que ha expuesto —con pelos y señales— la condición de nuestro género. Lo hemos hecho unas apenas esbozando a tientas un cuadro demasiado cruento para pintarlo cual es. Otras, asumiendo la tarea así como vivimos: tomando de la vida, sin timidez alguna, lo que sabemos nuestro por herencia y derecho.

Y es la conciencia la que nos ha expuesto a nosotras mismas, dejándonos desnudas—también con pelos y señales, con estrías y pliegues—ante un ojo público a menudo inmisericorde y siempre, o casi siempre, misógino. Pero ¿quién ha podido jamás detener la conciencia de las mujeres? Quizás sólo el silencio, y aun eso está en camino al destierro.

Fue Isabel Allende quien alguna vez dijo que, al escribir, las mujeres solemos ser más agresivas que los hombres; que debido a que la condición femenina sigue siendo básicamente injusta, nuestros escritos tienen una dosis suplementaria de agresividad y resentimiento.

No concuerdo con lo del resentimiento, pero afirmo que—feministas o no—las periodistas, las comunicadoras, denunciamos con más beligerancia y frecuencia la opresión, la injusticia, la discriminación. Lo hacemos con claridad, muchas con sensibilidad, y venciendo siempre el temor a las represalias que supone la osadía de tomar la palabra. Porque invariablemente las hay, pero nos resistimos a que estas venganzas del poder se conviertan en barrera infranqueable.

Es ese el periodismo que en todas sus ramas estamos haciendo las mujeres en Guatemala: temerario, transparente y frontal. Vivimos en una sociedad patriarcal y sumamente conservadora donde, además, apenas empezamos a recuperarnos de una guerra de casi cuatro décadas que nos legó una herencia de auto-represión, de silencio impuesto, de cercenarnos las alas aun antes de intentar el primer vuelo.

Nos toca vivir una transición despiadada en la que los genocidas de hace unas décadas niegan sus crímenes y sus cómplices y aliados los disculpan desvirtuando la verdad histórica, mientras otros se afanan en develarla.

Difíciles tiempos para la democracia auténtica y para un periodismo libre, en un país donde tantos han olvidado el terror de épocas recientes. Hoy, producto de un proselitismo de derecha populista, tenemos de nuevo encumbrado en el poder al que pudiera ser el genocida más sanguinario de la historia de América Latina, Efraín Ríos Montt. Desde la presidencia del Congreso de la República a partir del pasado enero, alimentado por la fuerza de una mayoría de diputados del partido oficial, este general retirado, pastor medio cuerdo que a muchos convence de ser lo que no es, se perpetúa como principal enemigo de los derechos de las mujeres y la niñez, al obstaculizar cada esfuerzo iniciado hace años a favor de estas poblaciones.

Sabemos que muchas estamos en la mira de esos asesinos. Los nombres de algunas de nosotras, los de nuestras hijas e hijos y otros seres queridos, figuran en los infames archivos de la mal llamada *inteligencia* militar. Nos rehusamos a pensar que algún día ese nombre propio llegue a ser el mismo de una desaparecida, de una asesinada, pero razones para temerlo no nos faltan.

Decenas de periodistas que investigan las actividades recientes de los militares han sido blanco de numerosas intimidaciones y amenazas de muerte. Y desde el 7 de abril, al estilo de los años más crueles de nuestra historia, permanece *desaparecida* la catedrática universitaria **Mayra Gutiérrez**.

No sabemos aún qué fue de ella. Además de la esperanza de recuperarla con vida, sólo tenemos la certeza del dolor que su forzada ausencia ha dejado, particularmente en su única hija.

Más allá del riesgo—real o percibido—que para mujeres y hombres implica el ejercicio periodístico en mi país, las comunicadoras nos enfrentamos a un periodismo conceptualizado, diseñado y administrado primordialmente por hombres que suele invisibilizar las realidades de las mujeres.

Está, asimismo, otro factor que debemos desafiar y derrotar, si hemos de avanzar en la reivindicación plena de los derechos de las mujeres: los fundamentalismos y, entre estos, notoriamente, el religioso.

Es relativamente fácil sortear las olas cuando no somos nosotras quienes las hacemos. A ello nos han acostumbrado siglos de mandatos sobre nuestro género. Pero basta atrevernos a nombrar lo innombrable, a desenmarañar la madeja misógina en que las mujeres hemos estado envueltas, para que salgan de debajo de sus piedras aquellos que pretenden perpetuarse como tejedores de nuestros destinos.

Hablar del aborto como causa de innumerables muertes maternas, aun cuando ni siquiera se lo menciona como un derecho de las mujeres; defender la ley que protege el embarazo libremente elegido y sin riesgos; abogar por el derecho de todas las personas a la información veraz y completa sobre la sexualidad y la reproducción; rechazar normas culturales e imposiciones religiosas que para las mujeres implican sufrimiento o muerte—todo ello, desafiado con nuestro mejor recurso, el de la palabra, es motivo de viles ataques, de amenazas veladas que casi invariablemente provienen de lo que yo llamo el *escuadrón de la muerte del Vaticano*, el Opus Dei, ese ente que se encarga de llevar a cabo las sucias políticas de la también mal llamada *Santa Sede*.

Ante esos enquistados fundamentalismos, que despliegan sus tentáculos en todos los niveles del poder en una sociedad borrega, y hoy día con un movimiento social profundamente desarticulado, las periodistas feministas en Guatemala hemos tomado al toro por los cuernos y, de paso, le estamos retorciendo los testículos a un león que se rehúsa a dejar de beber sangre.

En la práctica, hemos asumido la tarea permanente de orientar, educar y persuadir a lo interno de nuestro gremio y, concretamente, a nuestras mismas colegas. Nos mueve la convicción de que el logro de estos fines implica conseguir que más comunicadoras se dispongan a ser agentes de cambios estructurales y más de ellas **miren** a las mujeres.

Las periodistas sabemos—aunque los dueños de los medios opten por ignorarlo—que un periodismo sin mujeres no es libre, como tampoco puede llamarse *democrático* un medio que nos excluye, excepto para estelarizar la nota roja y también la publicidad sexista, otro ámbito de lucro masculino.

Son estas certezas las que nos llevan a las periodistas a comprender que **mirar** a las mujeres, cuando son ellas fuente y tema de nuestro quehacer, implica mirarnos primero a nosotras mismas, reconocernos parte de un sistema y de un gremio que nos alimentan migajas traducidas en escasez de espacios y menores salarios, que nos oprimen y agreden como a ellas y nos ofrecen apenas un mínimo de bienestar.

Dar a nuestro quehacer una profesional mirada de mujer que no excluya a nuestro propio género... No dejar fuera los intereses de las mujeres al contemplar los procesos de paz y transición democrática... Ser solidarias con aquellas cuya voz nunca trasciende el patio donde tienden la ropa... Valorarlas como sujetas del desarrollo y del pleno ejercicio de sus derechos... Aprender a mirarlas como las humanas que nosotras mismas somos... Estos son algunos de los desafíos que hemos aceptado en la búsqueda de los cambios que anhelamos para nuestra sociedad.

Mirar a las mujeres, hacer una justa representación de ellas en lo que escribimos, en lo que difundimos; dejar de escribir como lo hacen los hombres y de valorarnos nosotras mismas y a las demás según el grado de aceptación que **ellos** nos otorguen, son tareas que indudablemente exigen superar la pérdida de autoestima que también para las comunicadoras han representado el discurso y las imposiciones patriarcales.

Gloria Steinem dice que los descubrimientos que las mujeres hacemos acerca de nuestro género tienen una enorme recompensa: la sororidad, la solidaridad entre nosotras. Reconocernos como pertenecientes al mismo género nos da la posibilidad de crecimiento y auto-descubrimiento, la sensación de que se nos caen las escamas de los ojos. Ya sea que estemos brindando a otras nuevos conocimientos o recibéndolos de ellas, es grande el beneficio para todas. Y también descubrimos algo muy importante: que, contrario a lo que nos han dicho, muchas están de nuestro lado. Que con los hombres podemos compartir experiencias y aun describir humillaciones que para ellos quizás significan poco, pero *las mujeres comprenden*.

Y si aceptamos que el género no es una construcción que afecta solo a las mujeres, las periodistas feministas llegaríamos a reconocer que en la comunicación poco se hace por evidenciar las maneras en que la masculinidad hegemónica afecta a los hombres.

Exponerlo así no significa disculpar ni dejar de denunciar las atrocidades cometidas por tantos de ellos. Pero es justo decir que nacer hombre, aun con la automática adquisición de privilegios inmerecidos que ello conlleva, implica una profunda deshumanización de criaturas que por azar nacieron con un pene entre las piernas.

En un periodismo auténticamente democrático no basta decir que la mayoría de mujeres está en desventaja frente al otro sexo, o que muchos hombres sufren y mueren por ser hombres, porque indiferentemente de dónde miremos, siempre habrá alguien debajo de la pata de alguien más.

En mi país, como en tantos otros con profundos abismos de etnia y de clase, es imposible afirmar que solo las mujeres sufrimos opresión, aun reconociendo que el nuestro es el género que más la padece. También son muchas las que oprimen a otras mujeres: a las trabajadoras de casa particular, esas que no tienen horario, ni seguridad social, y que ayudan a sus empleadoras a sobrellevar la vida. O a las tantas que son triplemente discriminadas por ser mujeres, indígenas y pobres.

Sea cual fuere el espacio en que nos ubiquemos, la solidaridad es vital. Solidaridad que, a mi modo de ver, significa—fundamentalmente—trabajar por cualquiera que esté abajo. Es reconocer y darnos el lugar digno que en este mundo nos corresponde.

Pero más allá de la solidaridad, es claro el camino que las periodistas tendríamos que andar para que las mujeres puedan reivindicar todas el derecho a situarse en ese lugar digno que merecen.

A las periodistas nos están llamando las mujeres a quienes la palabra, hablada o escrita, todavía les está vedada. Nos piden que nosotras seamos su voz fiel, mientras ellas la recuperan, y demos fe de los hechos que marcan sus vidas.

Mujeres inmersas en un silencio impuesto nos hablan desde el barrio marginal, con manos agrietadas por múltiples jornadas. Nos llaman también, desde el lujoso suburbio, las de las manos estilizadas, cuyo aporte tampoco es reconocido ni valorado.

Nos llaman las que se desangran lentamente antes de convertirse en fría estadística, tan fría como el cuerpo que sin gloria dejarán en la tierra.

Nos llaman desde algún rancho remoto, donde se consumen de tanto acarrear leña y agua, de tanto no comer bien, de tanto útero desgastado en parto tras parto, de tanto muchachito que colgado de un pecho les chupa la vida.

Nos susurran en mi país desde ese río donde, aprovechando la lavada diaria, van a parir una hija, un hijo, que con suerte sobrevivirá más allá de los cinco años.

Nos hablan desde una boca desnuda de dientes, pero llena de sonrisas que nos entibian el alma.

Mirarlas una vez y voltear a verlas otras mil es el punto de partida en ese camino que las periodistas tenemos por delante. Y luego de andarlo, ir más allá: tomar la palabra con conciencia para fielmente contar lo que vimos.

Mirar a las mujeres con la conciencia de que lo son y de lo que ello significa es—me parece—una cuestión de ética, en el periodismo como en cualquier esfera de la vida.

Ponencia presentada en el II Encuentro Internacional de Escritoras. Rosario, Argentina, 9-12 de agosto del 2000.
Mesa Revistas femeninas: Del folletín a la telenovela
11 de agosto del 2000

Laura E. Asturias

Ciudad de Guatemala, 10 de diciembre de 1956

Feminista • Traductora

Co-fundadora de la Plataforma 51 de Guatemala • www.plataforma51.org)

Co-fundadora de la publicación feminista *laCuerda* • www.lacuerdaguatemala.org

Premio UNICEF 1999 a la excelencia periodística

Magistrada del Primer Tribunal de Conciencia sobre la Violencia contra las Mujeres (diciembre de 1998)

le Asturias@gmail.com • www.transwiz.org